Saludo y Discurso en la Visita al Complejo Penitenciario Federal de Buenos Aires (Devoto)

Papa León XIV

Pronunciado en la mañana del miércoles 11 de noviembre de 2026 ante las personas privadas de la libertad, capellanes, autoridades nacionales y personal del servicio penitenciario en el Complejo Penitenciario Federal de Buenos Aires.

«¡Buenos días a todos! Me alegra mucho estar aquí hoy con ustedes. Gracias por recibirme y por brindarme la oportunidad de vivir juntos este encuentro. Agradezco al Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Jorge García Cuerva, a la Ministra de Seguridad, al Ministro de Justicia y al Jefe del Servicio Penitenciario. También a los capellanes, al Capellán P. Matías y a todos ustedes, en una manera especial a los que han dado sus testimonios. Este mensaje que una nueva vida es posible, espero que todos, yo incluso, podamos llevarlo en nuestro corazón. Es la esperanza que necesitamos. Mi profunda gratitud entonces a Cristian, a Maximiliano y a Reinaldo, que han compartido estos testimonios. Gracias.

Me gustaría compartirles una reflexión sobre un aspecto que todos tenemos en común por el hecho de ser humanos: me refiero a la experiencia del límite. La sociedad muchas veces presenta todo lo que es un límite —la incapacidad, la enfermedad, la ancianidad y el sufrimiento— pero límites como si fueran un defecto que hay que corregir, presentándonos un abanico de posibilidades en las que, de algún modo, seríamos presuntamente “inmortales” (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 118). Esto lo podemos constatar, por ejemplo, en algunas realidades negativas que no nos son ajenas, como en la sensación de omnipotencia que provoca la droga, en el falso poder que viene del dinero fácil, en la cobarde seguridad que otorga el ejercer la violencia sobre los más débiles, en la impunidad que es fruto de la corrupción. Muchas veces, nosotros tomamos conciencia del límite a través del pecado y de sus consecuencias, ya sea por haber cometido un error, por haber sufrido a causa de una enfermedad o de la muerte de un ser querido. «Por eso, a lo largo de los años conservamos en nosotros enseñanzas que quedan marcadas como cicatrices, memoria del camino realizado entre libertad y caídas, sueños y decepciones» (ibíd., 120).

Ciertamente, el mal que asedia el corazón humano arruina la sociedad y la vida de muchas personas, llegando incluso a extremos de inhumanidad. Sin embargo, «aun cuando el ser humano se deshumaniza y provoca tragedias, una pequeña luz sigue brillando […] y sigue siendo capaz de reavivarse, con la gracia de Dios, recorriendo caminos de conversión y reconciliación» (ibíd., 121).

Queridos hermanos: esto significa que, aun en medio del mal, del dolor y del fracaso más profundos que hayan podido experimentar o causar, esta situación actual por la que atraviesan es también un momento particular para poder reiniciar sus vidas, como nos han compartido en los testimonios. Ciertamente, el ser humano no florece a pesar del límite, sino a menudo a través del límite (cf. ibíd., 118). Precisamente en los momentos en los que el límite se hace tangible en nuestra vida podemos hallar una nueva sabiduría, sentir el afecto de las personas y experimentar la presencia del Señor (cf. ibíd., 119).

El paso por esta institución puede ser una oportunidad para empezar de nuevo, haciendo las paces con Dios y reincorporándose sin temor en el seno de sus familias y de la sociedad. Porque la experiencia del

límite, «cuando se acoge en la verdad, no empobrece al ser humano, sino que lo abre al reconocimiento del rostro de Dios y del otro» (ibíd., 122).

Sé que este lugar, tanto en su estructura como en su organización, nos revela la dureza del límite: el hecho de no poder salir libremente, de no poder abrazar cada día a sus hijos e incluso de sufrir otro tipo de privaciones. Imagino sus noches sin dormir, extrañando a sus seres queridos o pensando en aquellos a quienes hayan podido lastimar. Sé de sus desilusiones por no haber encontrado una mano amiga que haya confiado en ustedes, que los haya ayudado a levantarse y a seguir adelante en el momento oportuno. Y parecería que todo eso es una herida abierta imposible de sanar.

Por eso, con mayor razón, quisiera resaltar que la cárcel es también testigo de profundos cambios y conversiones, de crecimiento, de aprendizajes y de adquisición de nuevos oficios y conocimientos; es testigo de personas que, habiendo experimentado la fragilidad humana en su aspecto más doloroso, supieron transformar el desierto de la propia existencia en un jardín fecundo. Y es que, con la gracia de Dios, es posible pasar de la oscuridad total a encender pequeñas luces de esperanza. Esos destellos de luz se irradian también fuera: en sus familias, en las personas que trabajan en este lugar y en toda la sociedad.

Pienso, en primer lugar, en sus familias. Ellas también esperan y necesitan esos destellos de luz que les ayuden a seguir adelante. A ellas quisiera dirigirles unas palabras. Queridos padres y madres, queridas esposas e hijos, queridas familias de los internos: me gustaría recordarles que Jesucristo, cuando habló de cuán fundamental es la caridad, se identificó con un preso (cf. Mt 25,36), y Él mismo, antes de entregar su vida para salvarnos, fue privado de la libertad aun sin pecado alguno (cf. Jn 18,12). Por eso, es a Él a quien debemos dirigirnos para suplicarle por nuestros seres queridos que están en prisión. Pidamos a Jesús cautivo que les conceda a todos fortaleza y sabiduría, para que este tiempo de soledad y aislamiento no sea en vano, sino que se convierta en un tiempo de gracia y de salvación (cf. Tt 2,11).

Al personal del servicio penitenciario y a todos los profesionales y voluntarios que desempeñan su trabajo en las cárceles de este país, así como a los agentes pastoral que las visitan, quisiera recordarles que ese desafío, que les puede inducir a pensar, por ejemplo, en que nada va a cambiar para bien, o a verse impotentes ante las «estructuras de pecado» (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 36) y de muerte, ante los engaños y la corrupción que no desaparecen, sino que se refuerzan bajo distintas formas de agresividad; ese desafío es también una posibilidad de crecimiento y superación. Queridos hermanos, recordemos que visitar a los presos es una obra de misericordia a la que todos estamos llamados. Los aliento a afianzarse en la fe y a anclarse en la esperanza cristiana para poder afrontar los múltiples retos que se les presentan cada día; para que este ambiente pueda ser más humano, respetuoso, y favorezca realmente la recuperación y reinserción de las personas en la comunidad.

Por último, a las autoridades y a toda la sociedad argentina, quisiera decirles que «es precisamente en nuestro ser limitados donde encuentran lugar la compasión, la sincera preocupación ante las necesidades de los demás, la generosidad» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 119). Somos parte de la misma familia humana, favorezcamos lo que contribuye al bien de todos, acompañemos especialmente a nuestros niños y jóvenes, eduquémoslos en los valores auténticos, cuidémoslos, protejámoslos para que no caigan en las nefastas redes de la criminalidad. El Señor nos pedirá cuenta de lo que hayamos hecho por cada uno de nuestros hermanos.

Que Nuestra Señora de la Merced los ampare a todos con su manto celestial. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.»